

de un suspiro, ese ruido de alas con que el recuerdo se lanza entre la niebla del pasado, añadía:—¡Ni más volví a saber de don Arturito! ¡Se moriría!

Más popular y conocida entre el gremio estudiantil no había otra, y así mismo ella conocía por sus nombres y sus mañas a toda esa maleante e inquieta ralea que puebla colegios y universidades. Era de oír la cuando se le nombraban travesuras de gente moza cómo intervenía para citar los perjuicios que le causarían. «Ese ojos de mirra, decía fingiendo enojo, me robó el trabajo de una semana. ¿Fulano? También lo conozco... Una camisa tuve que pagarle por una quemadurita de nada...»

Pero entre tanto parroquiano truhán tenía también uno que otro que jamás le tildaron su obra, y entre éstos descubrió un día dos estudiantes que eran dos perlas. Estudiantes los consideraba ella porque sus años y sus jovialidades no le parecían indicar otra cosa, ni pensó en averiguarlo; eran formales y simpáticos y eso le bastó para quererlos con un tierno cariño de madre. Desde el momento en que fué a contratar la colada semanal quedó encantada. Le dijeron «síntese» y le indicaron un sofá donde se hundió como entre plumas. Le preguntaron su nombre y ella dijo: «Cornelia Patavá» y no se rieron de su pobre apellido indígena, que otros, con romo ingenio, utilizaban para jugar del vocablo. Les pidió cincuenta centavos anticipados y se los dieron al punto. A esto se agregaba que cada sábado, cuando entregaba la ropa limpia, o cada lunes, cuando recogía la que había de lavar, le hacían un poco de charla, le preguntaban cosas de su vida, y eso no sólo lo agradecía sino que la ponía un poquitín orgullosa.

—Cornelia, ¿cuántos años tienes?

—¡Ah, sus mercedes! ¡Muchísimos! Me da armonía de pensar lo vieja que estoy.

—¿Y tus hijos?

—Muertos todos. Soy solita en el mundo con dos nietas que no me hacen caso.

—Y cuando te mueras, ¿a quién le dejas la plancha?

—Al museo.—Y reía mostrando sus enormes dientes de porcelana.—¡Esa plancha ha machacado mucha camisa y mucho cuello en su vida! Ropa de estudiantes que he repasado de noche como si yo fuera la mamá de todos, lo que ninguno me ha agradecido nunca. Porque ¡ah! muchachos para romper y destrozarse y ¡ah! paciencia la mía para remendar y componer! Para nada. El día menos pensado desaparecen y nadie se acuerda más de la pobre Cornelia.

Un sábado, no bien entró y vió cierto desorden en las cosas, comprendió que sus mejores clientes y únicos

amigos estaban de viaje. No quiso preguntarles nada, pero ellos se lo dijeron todo. Se iban. Y al pagarle ese día le deslizaron en su mano arrugada lo que no hubiera podido ganarles en un año. Recibió la dádiva y sollozó como una pequeñuela.

—¿Llorando, viejita? No seas tonta, dentro de pocos días volvemos.

—No vuelven—dijo con un hilito de voz.—Y si vuelven no me encuentran...

Lloró otro poco y aceptó, por guar-

dar un recuerdo de sus niños, una cobija que se llevó bajo el pañolón. Salió poco después como una sombra.

Los dos estudiantes, que ya no lo eran, emprendieron su viaje. Y pocos días después, leyendo periódicos de Bogotá en su casa de provincia, vieron que un diario incluía en la lista de defunciones este renglón insignificante:

«Cornelia Patavá, 68 años. Natural de Pasca».

(El Gráfico. Bogotá).

## SOBRE LA RUSIA

[Acaba de publicarse en París un volumen formado con artículos tomados de «El Progreso Cívico» y cuyo autor es el conocido escritor H. G. Wells. Dicho volumen lleva por título, «La Rusia tal como acabo de verla».

Queremos hacer conocer de nuestro público algunas de estas páginas, escritas por un hombre leal, de cuya inteligencia se habla en todo círculo ilustrado, que no es bolchevique, que considera a Marx «como un demolidor de la peor especie» (según sus propias palabras) y que acaba de visitar la Rusia.

Aquí estamos acostumbrados a recibir las noticias de la Agencia Havas como artículos de fe, sin acordarnos que ella es un pobre instrumento de las naciones aliadas que mantienen el bloqueo ruso, y cuyo interés está en rodear esa nación de un ambiente de antipatía y odio.

He aquí lo que dice Máximo Leroy, autor del prefacio del libro de Wells: «Wells es uno de los espíritus de quienes se deseaba más vivamente conocer las impresiones y la opinión sobre la Rusia, porque pertenece a la categoría de esos escritores que, por sus preocupaciones sociales y su imaginación universal, pertenecen un poco a todas las naciones, no obstante los más acentuados particularismos. «Tengo costumbre de pensar—dice—en el plano del cosmopolitismo».—C. L.]

### DESPOJOS Y SALVADORES

UNA de las cosas que deseaba estudiar más en ese caos, era la obra social llevada a cabo por mi viejo amigo Máximo Gorki.

Había oído hablar de ello a los miembros de la delegación de los trabajadores ingleses, a su regreso a Inglaterra. Lo que ellos me dijeron sobre este punto me interesaba de tal manera, que ansiaba darme cuenta por mí mismo y de muy cerca.

Además, los datos de M. Bertrand Russell sobre la salud de Gorki, me habían dejado serias inquietudes: me siento dichoso de poder ofrecer, sobre este último punto, buenas nuevas.

Gorki me ha parecido tan vigoroso y en tan buena salud como cuando lo conocí en 1906. Su personalidad ha tomado, en medio de los acontecimientos, una importancia inmensa. El lugar que ocupa hoy en Rusia, es extraordinario y él sólo puede llenarlo.

No es más comunista que yo mismo, que no lo soy. Lo he oído, en su apartamento, en discusión con hombres como Bokaier (quien hace poco aun, era Jefe de la Comisión extraordinaria de Petrogrado) y Zalutsky (una de las jóvenes esperanzas del partido comunista) atacar serenamente las ideas y los hechos de los extremistas. Fué

¡SALVESE DEL TRANCAZO!

Combata esos primeros síntomas tomando

# Bromoquinoides

Preparados por la

\*SAN JOSE\* BOTICA FRANCESA COSTA RICA